



# Cuidarse de las hermosas

Luis Arturo Vabos Vega  
Docente

Don Juan Rodríguez Freyle es, sin duda, el más conocido cronista de la Santa Fe Colonial, no tanto por el valor histórico de El Carnero, sino por el contenido y estilo picaresco de los relatos que en él incluye. Tampoco se equivocan quienes relacionan su obra con clásicos de la literatura española como La Celestina y El Libro de Buen Amor. Esta relación se fundamenta en que las tres obras coinciden tanto en supuestos, ciertas temáticas y los propósitos moralistas que explícitamente evocan. Sin embargo Freyle escribió como americano, como criollo y desde su óptica percibió los pecados de la burocracia española que ejercía sus funciones en la Santa Fe de finales del siglo XVI y primeras décadas del XVII. De ahí la importancia de tanteear a través de sus textos la realidad nuestra y la óptica con que algunos americanos se autopercibían.

Rodríguez Freyle representaba el discurso que oficialmente predicaba la Iglesia y el Estado a los santafereños de esos siglos. Pero a su vez era testigo del quebranto que sufría ese mismo discurso frente a la práctica generalizada entre los españoles americanos, denotando una realidad cada vez menos entendible con mente europea.

Por los relatos de Freyle se puede apreciar que el modelo oficial no hacía mucha mella entre los hispanoamericanos, y menos entre quienes por oficio deberían garantizar el ejercicio de las "sanas" costumbres patriarcales: oidores, presidentes, corregidores, alcaldes, eclesiásticos, etc. Más aún, era en estos círculos del poder donde el cronista señalaba las inconsistencias entre vida cotidiana y discurso moral, así como una capacidad inmensa de encubrimiento colectivo frente a las prácticas por fuera de los mandatos importados.<sup>1</sup>

## Cuidarse de las hermosas

Limitando el análisis a los preconceptos de la época acerca de la mujer reflejados por Don Juan en su "Carnero", es factible ver la manera como percibían al género femenino, por lo menos buena parte de los santafereños de los siglos XVII y XVIII. Cuando aquel hacía crónica de hechos que terminaron siendo causas criminales, su mirada le mostraba siempre unas constantes: la hermosura femenina, la codicia de los hombres, y el ansia de poder trastocaban el orden social. O lo dinamizaban, pues sobre esos tres pilares parecían desenvolverse la mayoría de los hechos de los seres humanos, al menos en la Santa Fe descrita por Don Juan.

Los acontecimientos que rodearon la vida, amores y muerte de Doña Inés de Hinojosa, le permitían hacer comentarios como el siguiente:

*«Ab hermosa! Los gentiles la llamaron diestra beca de misericordia, y diestra quebrantada por lo presto que se pasa y las muchas cosas con que se quebra y pierde. También la llamaron la diestra diestra, porque se*

*cazaban con ella las voluntades indiscretas y mal consideradas. Yo les quiero ayudar un poquito. La hermosa es flor que mientras más la manosean, o ella se deja manosear, más presto se marchita...»*

Y agregaba adelante, a propósito de otra aventura:

*De las entradas y salidas del Escobedo en casa del doctor se rino a enamorar de la señora doña Ana de Heredia, su mujer, que era moza y hermosa. «Ab hermosa! ¡lazo disimulado! Y en otra parte vuelve sobre la misma tesis: «Según el fiscal los amores de una dama hermosa que había en esta ciudad, mujer de prendas, casada, y rica. Siempre me topo con una mujer hermosa que me dé en qué entender. Grandes males han causado en el mundo mujeres hermosas. La hermosa y la locura andan siempre juntas, y yo digo que Dios me libre de mujeres que se olvidan de la honra y no miran al «qué dirán», porque perdía la vergüenza se perdió todo, como le sucedió a la mujer del licenciado Gaspar Peralta, que como queda dicho, rino a esta Real Audiencia el año de 1584, habiendo sido fiscal en la de Quito, le sucedió que su mujer, no considerando el honrado marido que tenía, y desvaneciéndose con su hermosura, puso su afición en un mozo rico, galán y gentil hombre, vecino de aquella ciudad, llamado Francisco de Ontañera...»*

El caso tuvo un fin trágico, pues los dos amantes fueron muertos por el Fiscal, lo que llevó al narrador a ver en ese hecho el cumplimiento de los efectos trágicos del amor descarrado, como había leído este autor que había sucedido en el caso de Calixto y Melibea:



*El amor es un fuego escocido, una agradable llaga, un subreño veneno, una dulce amargura, una deleitable dolencia, un alegre tormento, una guerra y fiero batalla y una blanca muerte. El amor, guiado por torpe y sensual apetito, guía al hombre a desdichado fin, como se vio en estos amantes.»*

Freyle recogía la conseja antigua sobre la fragilidad de la hermosura femenina, y enfatizaba su carácter de "lazo" tramposo para los hombres. Asumía además cierta tradición española sobre el papel de la "vergüenza" en la mujer como mecanismo de protección moral, y que expresaba así el Libro de Buen Amor desde el siglo XIV:

*Hízolo una vez la vergüenza poner porque importa mucho, si la quieres tener una vez que pierde la vergüenza la mujer, buco más diablaría de cuantas ha menester.»*

Para que la mujer siempre tuviera en cuenta la vergüenza pública, la honra y la buena fama, aconsejaba Don Juan "sabio" remedio graficado en el dicho castellano: "La mujer y la hija, la pier-

na quebrada y en casa"; y agregaba "y si les dieres licencia para que se vayan a pasear, o ellas se la tomen y sucediere el mal recaudo, no le echéis a Dios la culpa, ni tampoco os abroqueléis con la disculpa de Adán; quejaos de vuestro descuido".<sup>2</sup>

Esta posición misógina no coincidía, sin embargo, con la cruzada emprendida en Europa en el siglo XVIII para hacer retornar la mujer a su lugar "natural", la casa. Don Juan, en su época estaba más bien ocupado de predicar las ventajas de "no permitir salir de casa a las mujeres honestas". Su obsesión se podría definir como una idea fija acerca de las formas que la sociedad debía inventar, para prevenir a los hombres frente a los peligros que para ellos representaba la mujer. Esta concepción parecía dominada por la figura de Eva, la primera seductora y por el inexperto Adán que había descuidado a su mujer permitiéndole deambular solitaria por el Edén. El discurso de Don Juan iba dirigido más a los hombres que a las mujeres. Los apercibía frente al peligro potencial que representaban, aunque se excusa de ser tan obsesivo en la temática. "Ya me estarán diciendo que por qué no digo de los hombres; que si son benditos o están santificados. Respondo: que el hombre es fuego y la mujer estopa y llega el diablo y sopla".<sup>3</sup>

Esta disculpa no alcanzaba a encubrir la concepción negativa de Don Juan sino que la ubicaba dentro del contexto teológico que dominaba en su mente. Por ello terciaba en contra de la mujer, viendo en ella un instrumento diabólico. "La mujer es arma del diablo, cabeza de pecado y destrucción del paraíso".<sup>4</sup>

Su manera de pensar no era un caso particular, una manera personal de ver las cosas, es fácil percibir a su través no sólo la tradición que recogía la Celestina y el Libro de Buen Amor, sino la mentalidad que la Inquisición española había impuesto sobre la mujer para la Península y todos sus dominios a partir del siglo XVI, aunque con menores niveles de "persuasión" a los alcanzados en La Península, como se puede pensar al leer el diagnóstico de las costumbres americanas de los ilustrados Jorge Juan y Antonio de Ulloa, realizado en el siglo XVIII. Sus observaciones demuestran que no se trataba todavía de la "sociedad burguesa", ni tampoco una repetición de España en América. Era simplemente otra realidad difícil de entender con mente "civilizada".

<sup>1</sup> RODRÍGUEZ FREYLE, Juan, *El Carnero*, Bogotá: Ediciones Universales, 1994, p. 104.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>5</sup> LA CELESTINA, Op. cit., Acto X, citado por RODRÍGUEZ FREYLE, Op. cit., p. 149.

<sup>6</sup> ARCIPRESTE DE HITA, Op. cit., n. 460.

<sup>7</sup> RODRÍGUEZ FREYLE, Op. cit., p. 177.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 178.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 179.

<sup>10</sup> *Ibid.*